

HOMENAJE A UN ILUSTRE COLOMBIANO

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL HOMENAJE RENDIDO AL MIEMBRO DE NUMERO DR. ENRIQUE PEREZ ARBELAEZEL MARTES 1° DE MARZO DE 1966

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 89-90, Volumen XXIV
Primer y Segundo Trimestre de 1966*

La ciencia es la reivindicación del hombre. Es sólido instrumento de libertad y plataforma de todas las justificaciones futuras. Desde su misterioso alborea en el horno del alquimista hasta los vuelos del cosmonauta, desde el cansancio cerebral del doctor Fausto y las geniales intuiciones renacentistas hasta la reconstrucción de la conciencia por el prodigio electrónico, le ha dado al transeúnte de nuestro planeta una dimensión afrontable del destino, describiendo la incógnita de su condición y despertándolo del pesimismo que le inoculó su trágico pasado.

Pero la ciencia no anda sola por el mundo, ni estampa por sí misma sus signos en los textos, ni mezcla las probetas, ni se entromete como un duende curioso en el retoño del árbol o la entraña de la roca. Es obra privilegiada de la inteligencia y viene tocada con lo que sus cultores le entregan en el desvelo de los gabinetes, siendo hija de la inquietud que canaliza hacia la estrella o el insecto. El científico es un creador, un descubridor, pero también un maestro. De sus afanes irradia un sentido pedagógico que democratiza principios establecidos dolorosamente. La sabiduría es por eso humanidad palpitante. Nadie se atreve en su angustiada búsqueda como no esté poseído por el amor a cuanto tiene existencia, por la ambición de vivir mejor y el desprendimiento de que las gentes se animen en el recíproco afecto de la paz y la solidaridad entre los pueblos.

El científico se adscribe a un desempeño misionero. Cualquiera que sean su orientación y el punto de partida, se purifica con el aliento de la verdad, o de lo que sinceramente toma por verdad, aunque nuevas probanzas rectifiquen una y otra vez sus posiciones. Templado en la cresta de mil vientos contrarios, alerta al mensaje de lo desconocido, ve cómo chocan las ideas y las creencias, cómo se combinan y alteran para ir formando síntesis que todo lo abarcan, y cómo el error de un día es la certeza del siguiente. De tanto revisar flaquezas se aproxima más al semejante, comprendiendo que sus debilidades como las deficiencias del sembrado, provienen conjuntamente de su composición y de su medio. Mejor que cualquiera sabe que en fin de cuentas, como diría Jean Rostand, hay un delito inocente en la naturaleza y es el de haber compuesto a los seres con la sustancia de las cosas.

Es así como la ciencia conforma una virtud no engendrada en tiránicos renunciamentos morales, sino en la dedicación a un plan o a una serie ordenada de propósitos. La autodisciplina de servicio no estanca sino que determina más lejanos avances. El hombre de ciencia es por eso un inconforme. Y todo inconforme con la ineptitud preexistente es un revolucionario. Rebelde al cautiverio de la inercia, obliga tarde o temprano a las masas sociales a cambiarse, levantarse y decidir sobre sí mismas. Aunque se fomenten tantas especialidades, los científicos se unifican en programas de transformación, sin embarazos académicos ni territoriales, constituyendo una orden militante que se reconoce al filo de cualquier meridiano o paralelo. Ellos universalizan cruzadas que ordinariamente malogra la tornadiza mezquindad de los políticos o la precaria concepción del circuito gobernante.

A esa orden de primogénitos pertenece el caballero que esta noche recibe un mínimo homenaje de amistad y agradecimiento sin grados. Pudiera haberse reunido aquí una especie de cabildo nacional para aplaudirlo, pero él prefirió la presencia de quienes más estrechamente han seguido sus estudios y realizaciones. Enrique Pérez Arbeláez no recluta en un lugar lo que le pertenece por derecho propio como es el corazón de sus compatriotas. Aquí y allá están ellos, diseminados en la gran parcela que tanto ha observado y querido y a nombre de ellos venimos, abrumados de emoción, pretendiendo interpretar la silenciosa acogida de quienes se benefician con su trabajo y con su gloria.

Enrique Pérez Arbeláez, caballero de la ciencia y de la patria, armado para combates audaces en favor de aquello que el hombre no sembró pero que se le ofrece, y que, como no deriva de su brazo, maltrata y aniquila. Necesita del bosque, pero penetra en él y lo incendia. Tiene sed, pero destapa las fuentes a los rigores climáticos. Padece hambre, pero envenena los criaderos del

pescado. Anda enfermo y no riega las especies que enriquecen la farmacopea. Se queja de las heladas de las sequías, pero destruye el cortinaje maderero que frena el furor del sol y de las nubes. Reclama fertilizantes, pero deja fluir hacia el mar las materias depositadas en siglos de disolución. Quiere reposar en el paisaje, pero le roba todos sus encantos. Se aterra con las inundaciones, pero no pone una yerba en la ribera ni un vendaje a la erosión. Quiere industrializarse, pero ignora las caídas generadoras del fluido eléctrico. En fin, explota lo que encuentra más próximo, y al explotado arrasa todo atisbo de continuidad. Y este caballero de la ciencia y de la patria, en vela por las riquezas públicas, siente que por cada árbol talado y no repuesto pierde un pedazo de su carne, y que por cada metro cúbico de abono en discurso hacia el Pacífico o el Atlántico, se va irreversiblemente un terrón de los que soportan sus pies.

No es la pérdida de una noción intelectual la que éste hombre sufre con el derroche de nuestros recursos naturales. Es el cuerpo de Colombia el que defiende con sus imploraciones a la sensatez. Es el saber que en fecha colocada mucho más allá del alba de sus setenta años actuales, el pueblo no tendrá sustento, y que las generaciones supérstites errarán como muestras de una fauna degradada, víctimas de la esterilidad física y del conflicto interior.

Le mortifica el futuro como si lo tuviera en sus manos y alguien se lo arrebatará para arrojarlo en el recipiente de las negaciones. Le duelen nuestras cordilleras con sus rodillas desnudas, denunciando inútilmente de quien procuró la desnudez. Clama contra la torpeza de nuestra conducta y el clamor trasciende como una maldición profética. Pero la insania devastadora no se detiene con admoniciones, así se prodigan diariamente, como lo cumple Pérez Arbeláez en cláusulas sencillas que llegan a todos, según corresponde a quien se mueve a discreción por las escolleras de muy variados idiomas.

Para llegar a esa saturación de naturaleza, Enrique Pérez Arbeláez ha tenido que fraternizar con ella. Podría haber anclado en plácidas degustaciones antiguas pero escoció ser contemporáneo nuestro y no de Platón ni de Aristóteles, a quienes examinó sin premura. Pudo marginarse en la explicación teológica, pero salió a la intemperie, de donde lo vemos llegar ahora con la Novena entrega de los "Recursos naturales de Colombia", terminal de un período, pero en manera alguna preclusión de sus tareas. Para producir esta obra fundamental que muestra la madurez de su pensamiento y de su acción, hubo de comprometerse en la aventura geográfica, de la manera como, para escribir dos tomos de biología, allá por el término de la adolescencia, hubo de adentrarse en la aventura de los cromosomas.

Del Caribe recogió sus perlas, pero también se enteró cuán caras le resultan a los pescadores. Repasó las islas sumidas en el oleaje, los playones donde antes se tostaba el caimán, el montoncillo de arena que acusa la propagación de la tortuga. Navegó por ríos de aguas cocidas en la caldera tropical. Corrió el párpado de niebla de las lagunas andinas y las vegetaciones selváticas, vio cómo trabajan y mueren los indios y los negros, advirtió la endemia en la insidiosa penumbra de las malocas y en las charcas del llano, dio voces de animación al cafetero y al rico hacendado, deploró la racha violenta que descuaja el platanar la sierra reductora de manglares, hizo diagnósticos sobre las plagas de los distintos cultivos, fundó el Jardín Botánico, reconoció puestos que no figuraban en el mapa, y, en fin, llevó a numerosísimos volúmenes y congresos internacionales la índole de nuestros problemas y su corrección ejemplar.

Viajero sin sombra, Enrique Pérez Arbeláez no se le queda rezagado a ninguno de quienes le antecedieron en el redescubrimiento de factores útiles en suelo, cielo, río y mar. Más aún, en la empresa de sal, varios para que nos mantengan. Sus admiraciones tienen la altura de su misión. Humbolt le invitó a profundizar y coordinar conocimientos. Caldas, a la pasión por el desarrollo nacional. Mutis, con sus colaboradores y discípulos, a la paciencia en desempeños azarosos. Y en general, los profesores hablados y escritos de las viejas universidades tudescas, robustecieron su terca vocación hacia los temas científicos.

Celebramos la obra de su vida, pero no la vida de su obra, porque Pérez Arbeláez no cancela aún la órbita que se trazara. Para muchos, este es un punto final. Para quienes lo conocemos, apenas es un hito, quizá su sinfonía predilecta, la que más gastos ha exigido a su madura juventud mental. Pero adelante hay otras tierras, doctor Pérez Arbeláez. Las Indias occidentales todavía no se agotan. En sus confines hay bosques y puede usted ir a dibujar el rostro de la orquídea hasta ahora no presentada en sociedad. Más allá de esta fecha puede viajar en canoa, reír con los cuentos del boga y escuchar los tiples que lo saludan en el atracadero. Todavía le exigimos frutos, con algo de esa crueldad con que se pide al tronco de una gran familia continuar prodigando sus cuidados y experiencias. La ciencia renueva a quien se le dedica como usted se ha consagrado a ella. Recibe, pero también devuelve. Cierto que su contribución no se registra en los bancos, ni en la excelencia de mansiones y banquetes, pero sí en la grata compensación de haber dejado huella de cultura, que no se borra con nada, ni siquiera con otra huella de cultura posterior. Usted ha sido un pionero y su equipo lo reclama para seguir el ascenso que escogió a fin de restituir a la naturaleza el esfuerzo que ella hizo para infundirle tan extraordinaria dotación de espíritu.

LUIS CARLOS PEREZ

Señor Doctor LUIS CARLOS PEREZ

Distinguidas damas; queridos amigos:

Esta reunión tiene características singulares que merecen ponderación por separado. Se preparó por iniciativa de las que son gala del Jardín Botánico, señoras de López y de Martínez, testigos de una Iniciativa que es compendio de lo mejor de mis aspiraciones: amor a Colombia y a los colombianos; entusiasmo por la naturaleza patria; anhelo de hacer ciencia y de presentar la realidad nacional con todo el decoro de las cosas aquilatadas por el pensamiento y ennoblecidas por la fatiga; inspiración en la juventud y en cuantos nacerán de la entraña común que nos dio vida.

En segundo lugar, se congregan aquí, aunque no todos, sí los más allegados amigos míos y de mi obra de modesto trabajador de la Ciencia, dándome, con su aprobación, el mejor premio y el más vivaz estímulo para seguir sirviendo. Pocos homenajes como éste, desinteresados y generosos, pueden probar que nuestra sociedad se conmueve por las creaciones mentales y que es capaz de convertir, con la varita mágica de su aplauso, en oro de triunfos la oscura gestación de las bibliotecas, las penosas exploraciones de los medios agrestes, y las voces metálicas de las imprentas.

Coincide este acto con la terminación de mi obra "RECURSOS NATURALES DE COLOMBIA" obra que me ha llevado trece años en estudios de campo, y de bibliografía, ajustándome a un plan y luchando con la arisca expresión al alcance de la mente común colombiana; y va de mano también, con la fecha en que cumplo mis setenta años.

He tenido la suerte y el honor de hallar como oferente de este homenaje al Dr. Luis Carlos Pérez, quien, no solamente merece el título de uno de los más egregios togados y profesores de Colombia, sino que es ático humanista, incansable escritor, animador constante de mis escritos y noble estimulador de mis trayectorias.

Finalmente, aunque no en último lugar, porque todos los amigos presentes aplaudirán esta manifestación de gratitud, debo celebrar una fortuna que me acompaña esta tarde, ocaso de mi labor cumplida, crepúsculo de mis setenta años, tener en medio de ustedes a Teresa Arango, colaboradora de mis tareas desde hace veintidós años; toda su juventud, en que ella ha sido con su

extraordinario talento, con su espíritu de sacrificio, mi acicate de superación; mi rodela contra toda adversidad; mi equilibrio en cualquier desánimo; compensación de todo mi aislamiento.

Al volver la mirada a mi obra escrita no diré la frase orgullosa de Horacio:

*"Erigí un monumento más perenne
que los bronce; más alto
que regias tumbas de los Faraones".*

Pero sí creo que puedo aspirar a la modesta satisfacción de aquel maniático celebrado por Cervantes que decía: "Pensarán vuestras mercedes que es cosa fácil inflar un perro?".

Esta noche es para mí de plenitud. La cercenada plenitud que puede darnos la vida, en la cual cuando se nos abre la puerta al descanso y miramos en rededor, advertimos que se nos fueron para siempre aquellos con quienes más hubiéramos querido disfrutar de la paz. Nosotros mismos, nuestro interior confuso hemos cambiado irremisiblemente en aras de eso que llamamos verdad, pero que devoró hasta sus gérmenes la fantasía. Yo quisiera volver a aquella noche, la primera en que vi luna y estrellas y corrí al regazo de mi madre para contarle -supremo descubrimiento- "Carola, la luna puso lunitos". Hoy sé que la luna no es una clueca, ni los luceros pollitos, sino cosas muertas para que se las disputen soviéticos y norteamericanos en la mayor liza científica que han visto los siglos. En cambio me queda una lección amable de setenta años de vida y es que existe la amistad y que, en ustedes, don del cielo, la poseo.

Por este don brindo con cada uno de ustedes con la estrofa del inspirado Fray Luis de León al músico Salinas:

*"A este bien os llamo
glorias del apolíneo sacro coro;
amigos a quien amo
sobre todo tesoro
que todo lo del mundo es vil desdoro".*

